Toda armonía se habia roto entre aquellas dos criaturas; no se entendian y sus corazones se habian cerrado el uno para el otro, acaso para siempre.

—Isolina,—dijo Octavio tomando la mano de la jóven y con acento bajo:—ruega á tu madre que te perdone y consiente en ser mi esposa: á pesar de los defectos de tu carácter, yo te amo... si tú no me quieres, á lo menos no sigas con tu madre en ese estado de dolorosa y sorda irritacion. Humíllate á ella; ya que no quieras ser mia, á lo menos consiente en ser feliz y procura que tu madre no sea tan desgraciada.

El eco de esa voz amante, en vez de despertar la sensibilidad del alma altiva de Isolina, excitó su cólera, levantóse y dijo con voz airada:

—No quiero casarme contigo, ni humillarme ante la sinrazon y el despotismo!

Salió, dicho esto, de la estancia, y su madre, incapaz ya de encubrir por más tiempo el dolor que la desgarraba el corazon bajo la apariencia del enojo, sintió agotado todo su valor, y, ocultando el rostro entre las manos, prorumpió en sollozos convulsivos.

V.

Al dia siguiente, la señorita de Herrera envió á decir á su madre que estaba indispuesta y que le era imposible levantarse.

Mme. Blarú, que se habia retirado con sus hijos á las diez de la noche, volvió cuidadosa por el mal estado del ánimo en que habia dejado á la jóven y á su madre.

La viuda, queriendo manifestar una fuerza de carácter que estaba lejos de poseer, no quiso entrar en el cuarto de su hija; pero la amable y dulce Constanza se dirigió al instante á ver á su sobrina.

—Vengo,—la dijo,—en nombre de tu madre; cede, hija mia, pídele perdon! Esto, en vez de humillarte, te enaltece. ¡Tú no sabes hasta qué extremo te ama! Vamos, autorízame para que la lleve en tu nombre una palabra de ternura y de arrepentimiento.

La jóven se sentó en su lecho y apartó de su frente la hermosa cabellera negra que la cubria con rizadas ondas.

—No,—dijo;—no, tia mia: si tú hubieras sido mi madre, acaso hubiera yo sido una hija modelo; pero la mia no me inspira ni amor ni estimacion.

No tiene talento, y mi superioridad la irrita: no me comprende, y no hay en ella tampoco abnegacion bastante para perdonarme el que quiera salir del círculo de hierro en que quiere encerrarme.

—Pero, pobre hija mia, ¿vas á consentir en encerrarte en un convento?

—¡Jamás!—exclamó Isolina con su vehemencia española.

—Pues, ¿qué vas á hacer?

—¡Aun no lo sé!

Constanza miró con fijeza á su sobrina; en los ojos de ésta brillaba una sombría seguridad, y sus lábios se entreabrian con una sonrisa de triunfo.

—¡Tú me engañas!—dijo madame Blarú;—y luego, asiendo sus manos, añadió con angustia creciente:

—¡Dios mio! ¿Qué plan es el tuyo?

—Es mi secreto,—respondió Isolina, pugnando por desasirse de aquella cariñosa presion.

—¿Pensarás en matarte?

Una sonrisa entreabrió los lábios de Isolina, y contestó:

—¡No, tia mia! ¡al contrario, pienso en vivir!

El silencio siguió á estas palabras: Constanza fué la que lo rompió, estrechó la mano de la jóven, y la dijo cariñosamente:

—Óyeme, mi querida niña; yo no seguiré el

sistema de tu madre, ni trataré de obligarte á que me digas lo que me quieres ocultar; pero no te niegues á oirme, como me oirias si yo fuera tu hermana mayor y tuvieras en mí una ilimitada confianza. No abrigues ideas de rebelion; desécha-las como enemigas de la dicha de toda tu vida; no causes á tu madre un dolor incurable; los malos hijos no hallan en este mundo ni paz ni felicidad; en vano, para alucinarte, tu imaginacion te finge á lo lejos risueñas perspectivas: la dicha será para tí sombra vana, puesta siempre al alcance de tu mano, pero á la cual jamás podrás llegar.

—¿Y acaso la encuentro al lado de mi madre?

—Ménos la hallarás lejos de ella. ¡Lejos!—repitió Constanza con una especie de terror.—¿Cómo podrias tú separarte de tu madre? ¡Eso seria su muerte y tambien la causa de tu desgracia! ¡Hija mia! ¡no des lugar á que ponga por obra su amenaza de llevarte al convento! ¡no des lugar á que se rompa el dulce lazo que debe unir á una hija con su madre! ¡Esto seria horrible!

—Mi madre es la que desea alejarme de ella; yo nunca he hablado de dejarla.

Despues de esta contestacion, la jóven se encerró en un silencio profundo y Constanza dejó á la hija para volver al lado de la madre, que estaba sombría y silenciosa.

Desesperando de conseguir atraer á aquellas

dos desgraciadas naturalezas á sentimientos más dulces, Constanza volvió á su casa, anhelando hallar al lado de sus hijos la paz y el bienestar de que disfrutaba junto á ellos.

Isolina permaneció todo el dia acostada y sin querer tomar alimento alguno.

Su madre no entró á verla.

Cuando llegó la noche, la criada que la servia entró en el cuarto de Isolina una pequeña lámpara, preguntándola si se la ofrecia algo.

—No hace falta,—respondió la jóven;—nada necesito, y solo deseo que me dejen tranquila.

No bien hubo salido la sirvienta, saltó la jóven del lecho y corrió el cerrojo á la puerta; en seguida se vistió apresuradamente y haciendo el menor ruido posible.

Hecho esto, abrió el armario donde guardaba sus vestidos, eligió los mejores, que eran dos de seda, y dos batas de levantarse, y los echó sobre la cama, sacando en seguida de una cómoda alguna ropa blanca.

Hizo con todo un paquete y colocó en una cajita algunas alhajas de poco valor que su madre la habia dado.

Sentóse delante de su espejo, desprendió su espesa cabellera negra, y tomando unas tijeras, cortó á raiz las dos hermosas trenzas que se enroscaban en su cabeza, dejándolas sobre la mesa de tocador.

—Hé aquí una memoria que consolará á mi madre,—dijo con amarga sonrisa, y echó hácia atrás con el peine sus mutilados cabellos, hallándose aun más bonita que cuando eran largos y espléndidos.

—¡Esto es artístico!—exclamó:—¡Viva la libertad!

Y en sus bellos ojos se dibujó la alegría de quien va á acometer una empresa gloriosa.

Cuando ya tuvo arreglada la cabeza, se despojó de la bata que se habia puesto para salir de la cama y se puso un traje de lana gris, una manteleta igual y un sombrero oscuro: tomó su paquete y puso la mano en el cerrojo de la puerta.

Pero en el mismo momento se detuvo, dejó caer el paquete donde iba su pobre equipaje sobre su lecho y quedó inmóvil y pensativa. Una lágrima acudió á sus ojos y llevó ambas manos al rostro como si se avergonzara de sí misma.

Entonces, sin desatar su sombrero, se sentó delante de una mesita que sostenia sus labores empezadas, acercó tintero y papel, y escribió con mano trémula los siguientes renglones:

"Madre mia: La dejo á usted porque su severidad me ha preparado un encierro al que no quiero ni debo ir: la autoridad de usted, como todo, tiene sus límites, y no hallo justo el cruel castigo á que quiere someterme.

«Otra razon, además, me obliga á salir de esta casa: yo necesito aire y libertad, y aquí me ahogaba. Ni sé á dónde voy ni qué será de mí; pero espero en esa Providencia que hasta hoy tan poco se ha cuidado de nuestra felicidad, tal vez no haya aun empezado á darme la parte de dicha que me tiene destinada, pero yo espero que me la concederá.

«Si estoy destinada á sufrir siempre, tampoco me quejaré; pero al menos sufriré con lucha y con gloria y no oscuramente como aquí me sucedia.

«¡Adios, madre mia! no me maldiga, y piense que pues queria separarme de su lado, yo la he evitado este trabajo librándola de mi presencia, que le era tan enojosa.

«ISOLINA HERRERA.»

Cerró la jóven esta carta, puso el sobreescrito á su madre, la besó y la dejó sobre la misma mesa en que la habia escrito; luego se levantó, tomó de nuevo su paquete y echó una mirada de triste despedida al pobre cuartito, en donde tanto habia padecido y soñado.

En el instante de dejarlo para siempre, conocia que lo amaba.

Cada objeto le mereció una mirada de cariño: el blanco lecho cubierto con cortinas de percal blanco con cenefas azules, su cómoda, su pequeño lavabo; el lindo reloj que señalaba las horas sobre la chimenea y que era regalo de su tia; su retrato pintado por su primo, el sillon que habia bordado por su mano, en tapicería, y el ropero en que se guardaban sus vestidos: para cada una de estas cosas tuvo una despedida su corazon.

Sobre la chimenea se hallaba colgado un retrato en fotografía de su madre, encerrado en un marco pequeño; lo descolgó y se lo guardó en el pecho.

Hecho esto, abrió sin ruido la puerta de su cuarto y salió en silencio.

Atravesó la antesala y se halló al lado de la puerta de la escalera.

Zumbaba el aire y azotaba los vidrios de las ventanas esa lluvia tormentosa de la primavera, fria aun, y que récia por intervalos, suele detenerse á cada instante para volver con mayor furia.

Isolina abrió la puerta de la escalera, que dejó entornada para no hacer ruido, luego bajó, y bien pronto se halló en la calle.

Su paso habia sido tan ligero, que la portera que dormitaba no se despertó.

Detúvose Isolina y dirigió una última mirada á la casa que iba á abandonar; luego echó á andar y se perdió en las sombras de aquella tempestuosa noche.

La lluvia rompió entonces con furia mayor el seno de las nubes, y se precipitó desde el cielo, mezclándose con los silbidos del viento como para cerrar el paso á la hija prófuga é ingrata.

FIN DEL PRÓLOGO.

PARTE PRIMERA.

I.

Niza, el blando y aromoso nido de flores que divide Italia de Francia, se hallaba lleno de extranjeros en el invierno de 1852, como sucede todos los años durante la estacion de los frios rigurosos.

Además de muchos soberanos, príncipes reinantes y herederos de los primeros tronos del mundo, habian ido á gastar allí una parte de sus riquezas los personajes poseedores de las mas grandes fortunas de Europa, y las mujeres mas celebradas por su belleza y por su elegancia, que es otra belleza, guarnecian los anchurosos parques y los salones de baile como una guirnalda de flores.

Serian como las dos de la tarde, y un claro y hermoso sol de Febrero pugnaba por penetrar en la verde y espesa bóveda que formaban los